

MUJERES MIGRANTES SUBSAHARIANAS: UNA MIRADA A TRAVÉS DE CUATRO ESCRITORAS AFRICANAS.

Teresa Agudo López
tagudo.lopez@hotmail.com

Introducción

Un tema recurrente en todas las contiendas electorales europeas ha sido, sin duda, el de la inmigración. Y, España, que hasta no hace mucho se había mantenido al margen, ha entrado también en esta cuestión, problematizándola. La propuesta electoral de alguna fuerza política sobre la suscripción de un contrato de integración por parte de los inmigrantes ha caldeado el ambiente. Palabras como “integración”, “asimilación”, “multiculturalismo”, “interculturalidad” o expresiones como “nuestro país no puede acoger a todas las personas que vienen de fuera”, “un elevado porcentaje de inmigrantes copan las cárceles”, están a la orden del día. El idioma, el color de la piel, la cultura, son elementos integrantes de una inmigración de la que constantemente hablamos y de la que ignoramos todo. Pero no se trata de todas las lenguas –inglés, francés o alemán, no nos incordian-; no se trata de todos los colores de piel –el blanco no nos molesta-; no se trata de todas las culturas –la occidental no nos importuna-. ¿De qué hablamos entonces? ¿Hablamos de extranjeras y extranjeros? ¿Hablamos de inmigrantes? No. Hablamos de una parte de esa inmigración, de una parte que tiene una lengua extraña, que tiene un color diferente, que tiene unas costumbres distintas a las nuestras. Estamos hablando de una parte de esa inmigración que se considera nos crea un grave problema de convivencia y de minoración de nuestro nivel de vida, que nos roba, que nos distorsiona, que nos quita el trabajo, que masifica nuestro sistema de salud, que da mal ejemplo a nuestras niñas en las escuelas. Si excluimos a la mayoría de los países europeos, estamos hablando realmente de la inmigración hispanoamericana y africana. Respecto de esta última, en Europa residen en torno a unos cuatro millones de personas africanas, de las que un 80% son marroquíes. En España, de casi cuatro millones de inmigrantes en el censo a 31 de diciembre de 2007, sólo el 21,15% procede de África, y de este 21,15%, un 16,31% son marroquíes. Por tanto, la emigración Subsahariana representa a nivel europeo menos de un 20% de la población

emigrante africana y en España se reduce a menos del 5%.

¿Quiere decir que el África Subsahariana emigra poco? Según Sami Naïr, hay que distinguir entre el África “blanca” (Egipto y Magreb) que se dirige, sobre todo, hacia Europa y EEUU y el África “negra”, subsahariana, que aún cuando orienta su población hacia Europa –Ghana, Nigeria y Senegal son los principales países emisores de la emigración del África occidental hacia Europa y representa la mitad de los flujos migratorios subsaharianos- conoce importantes flujos migratorios internos: de las zonas rurales hacia las ciudades, de las zonas en guerra hacia las zonas en paz, de los países más pobres hacia los países ricos. Las migraciones africanas son, pues, más horizontales (intraafricanas) que verticales (extraafricanas) y muchos países son a la vez países de inmigración y emigración, en función de los cambios políticos y económicos.

Por tanto, no estaría de más recordarle a muchos dirigentes políticos europeos, y, entre ellos, españoles, que abandonen sus tan repetidos argumentos de que sus países no pueden acoger a toda la miseria del mundo –en referencia a África-, pues la realidad es que más del 75% de la población migrante africana vive en países del continente africano.

Para hacer este trabajo hemos intentado documentarnos sobre el fenómeno de la inmigración en general, y de la africana, en particular, y, ciertamente hemos de poner de manifiesto que el tema de género es asunto escasamente tratado. La visibilidad de las mujeres inmigrantes brilla por su ausencia en la mayoría de los estudios españoles sobre migraciones. Bien es verdad que hoy podemos conocer el número de mujeres inmigrantes; así, según el Observatorio Permanente de la Inmigración -Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales– el total de personas inmigrantes con certificado de registro o tarjeta de residencia en nuestro país, a 31 de diciembre de 2007, era de casi cuatro millones, de las que un 45,65% son mujeres y un 54,35% hombres. A nivel internacional el porcentaje de mujeres se eleva casi al 50%. Pero, como pone de relieve Dolores Juliano, “introducir la variable de género no consiste en aportar un dato más, sino que obliga a repensar todo el modelo de inmigración”, empezando, añadimos, por la propia legislación, contemplada desde y para el hombre inmigrante. Por poner un ejemplo, cuando se pretenda la residencia por reagrupación de las hijas y los hijos de uno sólo de los cónyuges se requiere,

entre otros requisitos, que aquel ejerza en solitario la patria potestad y que estén a su cargo (artículo 17 Ley Orgánica 8/2000). Podríamos imaginarnos la cantidad de mujeres casadas del África subsahariana que ejercen en solitario la patria potestad. Así, en Senegal, el artículo 152 del Código de Familia establece que el marido es el cabeza de familia, y, por tanto, quien ejerce en solitario la patria potestad. La inmigración, dice Dolores Juliano, “nunca es un fenómeno asexual, responde de manera bastante importante a determinantes de género”.

Y, desde esta perspectiva, y siguiendo la mirada de varias escritoras africanas, vamos a tratar el tema que nos ocupa, las migraciones de las mujeres subsaharianas, y, particularmente, de tres países, Ghana, Nigeria y Senegal, que, por otra parte, como decimos, son los principales países emisores de la emigración del África occidental hacia Europa y representa la mitad de los flujos migratorios subsaharianos.

Por tanto, salvo que expresamente citemos otros, el trabajo está referido específicamente a estos países del África subsahariana, si bien el análisis que realicemos bien pudiera extrapolarse a otros, con multitud de matizaciones, obviamente, pues África la componen 54 países, y, como dice Mariama Bâ incluso “un mismo país cambia varias veces de rostro y de mentalidad, de Norte a Sur y de Este a Oeste”.

En cuanto a las escritoras, nos limitamos exclusivamente a cuatro y a una única de sus novelas. De **Mariama Bâ** (1929-1981 Dakar –Senegal-). “Mi carta más larga” (1979), su primera novela. **Amma Darko** (1956 Tamale –Ghana-): “Más allá del horizonte” (1991), su primera novela. **Buchi Emecheta**: (1944 Lagos –Nigeria-) “Las delicias de la maternidad” (1979). **Fatou Diome**: (1968 Île de Niodior -Senegal-) “En un lugar del Atlántico” (2003), su primera novela.

Las novelas de estas escritoras constituyen, y nos proporcionan, un relato muy valioso de las mujeres africanas migrantes. Son historias de vida, algunas veces, o, en parte, autobiográficas, o autobiografías ficticias, que analizan, con una mirada crítica, en ocasiones extremadamente dura, la realidad sobre la emigración, de la aldea a la gran ciudad, de su país a Europa o EEUU, incluso el exilio en su propia tierra, y promueven una interesante reflexión sobre las sociedades africanas en torno a temas como la poligamia, la prostitución, la

maternidad, la relación madre-hija, la educación...

Así, pues, desde una perspectiva de género, y a través de la mirada de estas escritoras, vamos a intentar desarrollar los siguientes aspectos:

1.- Motivaciones del viaje.

2.- Las migraciones inter-africanas. De la tradición a la modernidad: del pueblo a la ciudad.

3.- Las migraciones extra-africanas. África-Europa.

- Realidad de las mujeres migrantes africanas. Prejuicios sobre las mujeres migrantes africanas.
- Europa, Europa. El sueño de la tierra prometida.

Motivaciones del viaje.

¿Por qué emigran las mujeres africanas, y, en concreto, las mujeres subsaharianas? La respuesta inmediata que daríamos sería la huir del hambre, de la miseria en la que viven en sus países, arrastradas por sus maridos que han llegado antes y han encontrado trabajo, sin preguntarnos siquiera por qué viajamos nosotras. Hace apenas un mes en una tribuna de un periódico de tirada nacional una chica brasileña contaba sus peripecias para permanecer en nuestro país y afirmaba que a menudo tenía espantosas pesadillas a cuenta de los papeles, soñaba que la policía iba a su casa a buscarla para expulsarla, y que en una de esas ocasiones se dirigía al funcionario casi suplicando: “No me puede expulsar del país, no es justo. Yo sé que hay gente que tiene motivos mucho más importantes para estar aquí: enviar dinero a su familia, escapar de una guerra, no morir de hambre... Mi argumento no es el mejor, pero es el más escueto: yo simplemente quiero estar aquí”.

Pues eso, las migraciones se producen por muy diversos motivos, incluso por el que argüía la chica brasileña, porque sí, porque quiero estar aquí. Aunque es cierto que en la mayoría de las ocasiones el viaje se realiza por razones económicas, para escapar de la pobreza, y como consecuencia del reagrupamiento familiar, en muchas otras las mujeres africanas viajan por distintos motivos: Escape de la violencia de género, en un sentido amplio -falta de oportunidades, imposiciones de roles de género, control social, asfixia

cultural, violencia física o psicológica-, búsqueda de un cambio o promoción social, motivaciones culturales y/o políticas, etc.

Igualmente, no siempre el hombre arrastra a la mujer; el fenómeno migratorio femenino no siempre va ligado al proyecto masculino de emigrar. Según pone de manifiesto Dolores Juliano, existen en España estudios muy interesantes sobre mujeres dominicanas, filipinas y peruanas en los que se acredita que las mujeres inmigrantes no vienen como inmigración de arrastre, sino que ellas mismas son las puntas de lanza de una inmigración que posteriormente termina arrastrando o no a los hombres de su familia. No en vano constituyen el 58,94%, 57,56% y 50,41%, respectivamente, de la población inmigrante de esos países. No sucede lo mismo respecto de las mujeres inmigrantes de los tres países africanos que tratamos, pues si bien Nigeria supera, con un 39,43%, la media africana (34,92%), las mujeres inmigrantes senegalesas constituyen el 19,77”, bajando al 14,29% en el caso de Ghana.

Otras veces, el exilio es interior. Exiliada en tu propia tierra.

Mariama Bâ, en “Mi carta más larga” nos habla de la mujer senegalesa que se queda en su tierra natal, pero que, como dice Lucía Benítez Eyzaguirre, vive su particular migración hacia el cambio, hacia otras propuestas sociales menos opresivas, y otra mujer senegalesa, su íntima amiga, a quien dirige su misiva, emigra “por dignidad”, para huir de las costumbres, de la moral antigua, de leyes anticuadas, que someten a las mujeres africanas. **Aïssatou**, a quien dirige la carta la protagonista, **Ramatoulaye**, se marcha a EEUU con sus hijos, abandonando al marido que había contraído nuevo matrimonio, porque no acepta la poliginia, se marcha, dice, “vestida con el único hábito válido, el de la dignidad”. EEUU no es, en este caso, Eldorado, es simplemente un destino de quien huye de costumbres ancestrales, el destino de quien huye de la violencia psicológica que implica la poliginia para una mujer educada en otros valores. Porque esta decisión, que la propia Ramatoulaye no toma precisamente porque esas costumbres la atemorizan (“Los niños no pueden tener éxito sin un padre” –pág.53-), en contra de la voluntad de sus hijas e hijos (¡Rompe con él, mamá, echa a ese hombre, no nos ha respetado. Haz como tía Aïssatou, déjale. Dime que le vas a dejar! –pág.66-), es posible debido a su formación, a su educación. Formación y educación que se produce en el Senegal colonizado y gracias a la cual pudo marcharse a EEUU y vivir

holgadamente. “Exámenes aprobados te llevaron a ti también hasta Francia. La Escuela de Interpretación de la que saliste te permitió un puesto en la Embajada de Senegal en Estados Unidos. Vives holgadamente”. Todo el relato de la educación recibida por ambas amigas en la adolescencia y juventud, así como el ambiente en el que se movían, nos transmiten cierta añoranza de los tiempos de la colonización francesa y que la vida de la burguesía urbana senegalesa, a la que Ramatoulaye pertenece, tiene poco que ver con la vida tanto urbana como rural de quienes no disfrutaban de ese estatus. Refiriéndose a la directora de la Escuela en la que estudiaron nos dice: “¡Cuánto pienso en ella! Si su recuerdo resiste victorioso la ingratitud del tiempo, ahora que las flores no huelen con la misma fragancia de antaño, cuando la madurez y la reflexión despoblaban los sueños maravillosos, es que la vía elegida en nuestra formación no fue al azar. Ella coincidía con las opciones más profundas de la nueva África, que promovían a la mujer negra” “Nunca olvidaré a la primera mujer blanca que quiso para nosotras un destino fuera de lo común”. Pese a que, según Inmaculada Díaz Narbona, la Escuela Francesa de la que habla era tremenda, no es la versión que de la misma nos da su protagonista, pues en esa Escuela le enseñaron a “escapar de las tradiciones, las supersticiones y las costumbres que nos atenazaban”, y a “apreciar diversas civilizaciones sin renegar de la nuestra, elevando nuestra visión del mundo, cultivando nuestra personalidad, reforzando nuestras cualidades, matizando nuestros defectos, haciendo crecer en nosotras los valores de la moral universal”. (Mariama Bâ puede referirse L'École Normal para niñas de Rufisque, en la que estudió y se diplomó maestra). Evidentemente, es un alegato en post de la educación que se impartía a las “señoritas” extrapolada de la Francia colonizadora, que la liberaron de los frustrantes tabúes y le permitieron transgredir las costumbres sobre la concepción mercantil del matrimonio, pues, como dice, su boda se realizó sin dote, “bajo la mirada desaprobadora de mi padre, ante la indignación dolorosa de mi madre frustrada, entre los sarcasmos de mis hermanas sorprendidas...” Y esta educación es la que logra que Aïssatou tome la decisión de marcharse y que ella, paradójicamente, se quede.

Si Aïssatou emigra por dignidad, **Sankèle**, uno de los personajes de la novela de Fatou Diome “En un lugar del Atlántico”, se marcha de su isla de Niodior (lugar de nacimiento de la autora) para escapar de las imposiciones de los roles de género, del control paterno y social, de las leyes ancestrales que le imponían un matrimonio de conveniencia. Enamorada del maestro Ndétare, a

la joven Sankèle su padre, el viejo pescador, y sus tíos le tenían reservado un idílico destino: entregarla como esposa a Barbès, un buen partido, un hombre que había regresado de Francia para pasar sus primeras vacaciones. “No quiero a ese monstruo, demasiado viejo, demasiado feo. Además, se va lejos, demasiado lejos; nunca me casaré con él, antes prefiero morir”. Pero como el patriarca es el patriarca, y ninguna súplica de su hija le hace torcer su magna voluntad, decide quedarse embarazada de su querido Ndétare. Y así fue, pero el asesinato de su hijo recién nacido por parte de su padre, para quien “un hijo ilegítimo no puede crecer bajo mi techo”, ante la mirada impotente de su madre, le hace huir de la isla rumbo a Dakar, “la tierra negra y grasienta”. Nunca se supo de ella. Ni donde estaba, ni donde trabajaba, sólo murmuraciones. Su madre prefirió imaginarse que había partido hacia Francia, Eldorado, y que algún día regresaría “con suficientes riquezas para devolver el brillo al blasón familiar”.

Adaku, otro de los personajes de “Las delicias de la maternidad”, se marcha de Lagos, ciudad a la que llegó como co-esposa de Nnaife, el marido de la protagonista Nnu Ego, heredada de su hermano fallecido. Joven, y con un pequeño negocio en el mercado que le va muy bien, sus relaciones con Nnu Ego, la primera esposa, la esposa mayor, son pésimas, y la razón no es otra que el hecho de no tener hijos varones, porque para la sociedad en la que le ha tocado vivir, las vidas de las mujeres no valen nada si no dejan hijos varones que hereden la riqueza a su muerte, hijos que sean de su propia carne y sangre. Y ella sólo tenía dos hijas, ningún varón. Se marcha porque no está dispuesta a ser despreciada permanentemente por no tener varones. Se marcha porque no puede vivir según las normas de familia que le impone su cultura. Se marcha porque está harta de nadar contracorriente, porque se ahoga, porque no puede seguir en esa situación que le resulta irrespirable. Se marcha porque “yo no puedo vivir según tus normas, esposa mayor. Así que tendré que ponerme las mías”. Se va a ejercer la prostitución. Sus hijas irán al colegio y “tendrán que aprovechar sus propias oportunidades en este mundo. Yo no estoy dispuesta a quedarme aquí y volverme loca sólo porque no tengo hijos varones”

Mariama Bâ nos habla también de otro tipo de emigración, la del exilio interior, el de **Binetou**, co-esposa de Modou Fall, marido de Ramatoulaye. “Se ha instalado en mi casa, siguiendo la costumbre, durante los funerales. Cada

hora que pasa se ahondan más los surcos de sus mejillas y se marcan las ojeras, de unos ojos enormes y bellos que parpadean encerrando secretos, añoranzas quizá. La tristeza doblega a esta criatura en la edad de las risas, de la despreocupación y del amor”, dice de ella Ramatoulaye al inicio de su misiva -pág. 12-. Joven estudiante, compañera de su hija, se había criado en un entorno de pobreza, de supervivencia. Inteligente y muy dotada, quería seguir estudiando y licenciarse, pero su madre se impone ante los ofrecimientos económicos de Modou. Éste, parafraseando a Shakespeare, no paga la voluntad de la madre, sino su pobreza. Pero la hija de Ramatoulaye no puede comprender las razones de una madre para destrozar la vida de una hija. “No mereces piedad alguna” “Sin embargo, Binetou es una víctima, tu víctima y la compadezco”. Exiliada en un mundo de adultos que no era el suyo, Binetou estaba interiormente muerta.

Salie, la protagonista de “En un lugar del Atlántico”, vive el exilio en su propia tierra; era una extranjera en su propio pueblo, un pueblo con una estructura monolítica impenetrable a cuerpos extraños, y ella lo era pues parte de sus “genes” no eran los que durante siglos recorrían la isla. Hija “ilegítima”, su abuela, “traicionando a la tradición”, impide que fuera ahogada nada más nacer, que su propia madre y su padrastro la dejen morir, y se la lleva para alimentarla y cuidarla. Su abuela se convirtió en su madre de verdad y gracias a ella y a sus ansias de aprender pudo estudiar.

Si de pequeña y adolescente era una extranjera en su propia aldea (“... había oído demasiadas veces que mi aniversario recordaba un día funesto y, tras haber medido la vergüenza que mi presencia suponía para los míos...), aún ignorando los atractivos de la emigración, ya sabía que su destino iba a ser la partida. El viaje se convierte para ella en una prenda de libertad, de autodeterminación.

La figura de **la abuela de Salie** es algo especial. Podría afirmarse, dada la sociedad tradicional en la que vivía, un tanto transgresora. Por un lado, su hija se queda embarazada y ella la cuida y la asiste durante el parto, sin un solo reproche. Después se niega a que su nieta lleve el nombre del hombre que se casa con ella. “Llevará el apellido de su verdadero padre, no es un alga recogida en la playa, no es agua lo que hay en sus venas sino sangre, y esa sangre tiene su propio nombre” -pág.78-. Y no sólo consintió que fuera a la

escuela sino que estaba muy pendiente de que su nieta estudiara y sacara buenas notas. “He tenido que aceptar el deshonor para poder educar a una criatura ilegítima en esta aldea; demuéstreme que tuve razón, se cortés, valerosa, inteligente, irreprochable” –pág. 239-

Si la mujer africana es emigrante por definición, pues como indica Dolores Juliano “la inmensa mayoría de sus sociedades son patrilocales, lo que significa que el modelo tradicional de mujer es el de la mujer que abandona su lugar de origen para ir a vivir al lugar de su marido”, curiosamente encontramos, en la novela de Buchi Emecheta “Las delicias de la maternidad”, un personaje femenino un tanto “sui géneris”, que rompe este modelo tradicional de mujer. Es el de **Ona**, la madre de Nnu Ego, la protagonista de la novela. Ona, joven muy bella, era hija de Obi Umunna, un jefe de tribu, que tenía varias esposas pero ninguna le había dado un hijo varón. Y a todas partes iba con ella. No quería que se casara nunca, para no tener que “agachar la cabeza ante ningún hombre”. Tenía total libertad para estar con cuantos hombres quisiera, pero sin casarse, y si tenía un hijo llevaría su nombre, no el del progenitor, con lo cual quedaría rectificada la “omisión que la naturaleza había llevado a cabo”, que no le había dado hijos varones. Ona se convierte en la amante de Agbadi, un jefe de tribu muy importante y rico, con cuatro esposas, tres esclavas y otra amante. Era una mujer “terca, arrogante y testaruda, que se negaba a vivir como su esposa”. Se queda embarazada, tiene una hija, Nnu Ego, pero sigue viviendo con su padre, y no se va a vivir con su amante. “Puesto que no ha tomado una dote tuya, ¿crees que sería correcto que yo me quedara permanentemente contigo? Sabes que nuestras costumbres no lo permiten. Sigo siendo la hija de mi padre” –pág. 48- . Lo hace después de la muerte de aquel y para que su hija, que había caído enferma, estuviera a salvo. No obstante esta actitud, transgresora, evidentemente, antes de morir, Ona le dice a Agbadi: “debes permitirle tener su propia vida y un esposo si lo quiere. Déjala que sea una mujer”.

Las migraciones inter-africanas. De la tradición a la modernidad: del pueblo a la ciudad.

De las cuatro novelas citadas, “Las delicias de la maternidad” quizá sea la que mejor refleja las migraciones inter-africanas, las migraciones hacia la ciudad de las poblaciones agrarias y la integración de las mujeres en una cultura

urbana, con las contradicciones que se desprenden de su situación como mujeres que han de responder, de un lado, a las exigencias de la tradición, y, de otro, a las nuevas circunstancias y normas sociales urbanas.

Buchi Emecheta lleva a cabo un relato apasionante de cómo las mujeres inmigrantes estructuran su propio mapa de la sociedad de acogida y cuáles son las estrategias tanto de supervivencia como de convivencia. Si toda conducta puede implicar en sí misma un discurso, no cabe duda de que en el caso de la protagonista de esta novela así es. **Nnu Ego** constata la enorme diferencia entre el universo rural en el que se había criado y el urbano hacia el que había sido abocada. El primer impacto al llegar a la ciudad fue la apariencia física del varón y sus cometidos laborales. Es la primera ruptura que se produce entre el mundo rural y urbano, entre la tradición y la modernidad. El marido que le habían adjudicado, el marido urbano, no tenía nada que ver con el universo masculino tradicional en el que se había movido hasta entonces. Sus hombres –el padre, el anterior marido, el hermano de Nnaife y otros- eran “granjeros altos, recios, musculosos, de manos ásperas, ennegrecidas por el trabajo en la granja, con las piernas largas y delgadas y la piel muy oscura” –pág. 74-. Nnaife era bajo, fofo, panzudo, con pelos largos desaliñados, mofletes hinchados...-pág. 73-. Era lo último que pensaba encontrarse. Si las relaciones sexuales se imponían por ley al contraer matrimonio, ello no era óbice para que Nnu Ego lo critique y se sienta humillada ante la animalidad de un hombre físicamente desagradable. Otro fuerte impacto es el trabajo que realizaba para los blancos. En la aldea también se pensaba que quienes emigraban a la ciudad trabajaban mucho y recibían buen dinero de los blancos, lo que les permitía ahorrar para muchas cosas, entre otras, pagar una buena dote para “la compra” de una esposa. Cuando el padre de Nnu Ego le participa la elección de su marido, le dice. “...lleva cinco años en Lagos. Ha ahorrado y ha mandado la dote, así que debe estar trabajando mucho allí”. Sin embargo, se encuentra con un hombre que es sirviente de los blancos, que realiza los trabajos domésticos de una pareja inglesa, trabajos asignados tradicionalmente a las mujeres. “Nosotras las mujeres tenemos que ocuparnos de la casa. No nuestros maridos. Les han robado la hombría. La pena es que no lo saben”. –pág. 85-.

En el entorno urbano de Lagos, Nnu Ego es uno de los tantos ejemplos de las mujeres que pasan a formar parte de la “clase social” de la emigración empobrecida procedente de las zonas rurales, y Buchi Emecheta escenifica

con la protagonista de su novela una fuerte crítica a la tradición que identifica la maternidad, la capacidad de procreación biológica, con la identidad femenina. Tras la ruptura del primer matrimonio por no quedarse embarazada, por “haber fracasado como mujer”, Nnu Ego se “hace mujer de verdad” en la ciudad, con el segundo marido, al tener un primer hijo varón, y después otros tantos (tres hijos y cuatro hijas vivas). Y si en el ámbito rural ello suponía prestigio social, pues, de un lado, se aportaban más manos para cultivar la tierra, y, de otro, las hijas podrían conseguir buenas dotes que serían de gran ayuda, entre otras cosas, para pagar las dotes de sus hijos e incluso para que éstos pudieran ir a la escuela, en el ámbito urbano esta tarea se convierte en una tarea ímproba.

Según Remei Sipi (Rebola, Guinea Ecuatorial, 1952), experta en movimientos sociales africanos, y presidenta en Barcelona de la Asociación de Mujeres E´Waiso Ipola, las mujeres son el motor de subsistencia del continente, caminan kilómetros para recoger leña, siembran, cocinan, truecan entre ellas...No se hacen cargo sólo de su familia, sino de la de sus maridos. La promesa de sus esposos de volver o enviar remesas no se cumple durante años, cuando no mueren por el camino. Las mujeres africanas son grandes creadoras de estrategias de supervivencia. Y eso hizo Nnu Ego en Lagos. Buscar estrategias de supervivencia. Con la ayuda de Cordelia, la mujer del cocinero del matrimonio inglés, monta su propio negocio de cigarrillos que le permite sobrevivir y tener cierta independencia económica respecto de su marido. Sale al amanecer, vuelve a mediodía a realizar las labores caseras y darle de comer a su marido e hijos, y de nuevo a la calle dedicada a su negocio. Las cosas, pues, comienzan a cambiar, lo que le proporciona autoestima, confianza en sí misma y le permite enfrentarse a su marido ante situaciones habituales de malos tratos. Consigue cierta autoridad, y no sólo la que deviene de lo que con tanto ahínco perseguía, la maternidad. Cuando su marido le está pegando una paliza a Adaku, su co-esposa, y su hijo Oshia, con una sonrisa cruel, manifiesta que le está bien empleado, Nnu Ego, sin pensárselo dos veces, le dice: “Espero que cuando seas mayor no seas como tu padre”. Y se enfrenta a él cuando intenta maltratarla. Cuando el matrimonio inglés abandona su casa por la guerra y su marido pierde el trabajo, ella se convierte en la proveedora de la familia, algo impensable en su universo tradicional. Igual le ocurre cuando Nnaife se va a Fernando Poo o a la Guerra, cuando las remesas no llegan o tardan en llegar.

Amma Darko también refleja en su novela esa lucha de la mujer rural en un medio urbano. El primer sobresalto se lo lleva **Mara**, la protagonista de la novela, cuando llega a su casa en la ciudad, un refugio con plancha de zinc que parecía una galería de pollos, sin alcantarillado, agua sucia y podrida, bichos, basura amontonada. La situación era totalmente deprimente. “Akobi tuvo que decirme que aquella era su casa para que yo le creyera”. –pág. 18- La comparación era inevitable, en el pueblo “había un grupo de chozas con recintos espaciosos a su alrededor y jardines en la parte de atrás”. Como a Nnu Ego, a Mara también se le pasó por la mente volver a su pueblo, pero al igual que a aquélla, el patriarca paterno volaba sobre su decisión, en este caso más crematística, “mi padre tampoco podría devolver mi dote, ya que la había dilapidado casi por completo” –pág. 19-. De todas formas, como ella misma dice, estos bichos se convertirían en nimios ante los otros bichos que el futuro le depararía.

Pero Mara, pese a que su amiga Mama Kiosk quería abrirle los ojos, asume el matrimonio del sistema cultural impuesto por el patriarcado en su versión más cruel. “Pensaba que mi sufrimiento era parte de mi papel como esposa, y lo aguantaba como si fuera un dolor menstrual” –pág. 24-. Esta era su reflexión ante las brutales palizas que le daba su marido, el tener que levantarse al amanecer para calentar el agua con el que lavarse y llevarle el cubo con su esponja y toalla, esperar en pie en la puerta del baño público mientras él se aseaba, dormir en el suelo en una esterilla, y siempre procurando servirle y agradecerle. Todo esto le parecía natural, no veía mucha diferencia con el matrimonio de sus padres, así que “¿por qué iba a verlo de otra manera por vivir en la ciudad? –pág. 24-.

La diferencia entre Mara y Mama Kiosk la presenta Amma Darko como ejemplo de la diferencia entre una mujer urbana sin marido, independiente económicamente, con confianza en sí misma, y una mujer de aldea, tradicional, casada, “entregada” a un varón. Cuando Mara se inicia en el negocio de la venta ambulante de huevos cocidos, comienza a sentir cierta satisfacción y autoestima. Ciertamente es que las mujeres del mundo rural siempre han trabajado, pero no han cobrado por ello. Cuando Mama Kiosk le dice a Mara si puede llevarse su basura al vertedero y esta le contesta afirmativamente, la interroga: “¿trabajas gratis en tu pueblo? Y ante el silencio de ella afirma: “Estás en

la ciudad, y en la ciudad no hay nada gratis". El trabajo en la ciudad para las mujeres migrantes difiere enormemente del trabajo del hombre migrante. Ellos intentan integrarse en el sector formal de la economía, como Akobi, con su puesto de hombre de recados de un Ministerio, en tanto ellas lo hacen en la economía sumergida.

Las migraciones extra-africanas: África-Europa.

Realidad de las mujeres migrantes africanas. Prejuicios sobre las mujeres migrantes africanas.

Lo primero que salta a la vista cuando hablamos de inmigración, en general, y, especialmente de la femenina, y, muy particularmente, de la subsahariana, es la abundancia de estereotipos. Y quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. La pasividad, la sumisión, el conservadurismo y el victimismo, son conductas que habitualmente asignamos en exclusiva a las mujeres inmigrantes, y si a esto le añadimos, el que tienen otra religión, otra lengua, otras costumbres y otro aspecto físico, el paradigma lo hemos redondeado. Para Dolores Juliano, las mujeres, sospechosas de dedicarse a trabajos ilegales y de procrear en el seno del mundo rico pequeños que muestren en sus pieles oscuras que el Tercer Mundo existe, tienen mayor cantidad de barreras a la inmigración que los hombres y se desarrollan sobre ellas estereotipos más desvalorizadores (ignorantes, sumisas e hiperreligiosas) aunque suscitan menos agresividad.

Remei Sipi Mayo, presidenta de la Asociación de Mujeres Africanas "E-Waiso Ipola" de Barcelona, en una mesa redonda celebrada en 2004 sobre las mujeres migrantes ante la violencia de género, reflexionaba sobre un determinado tipo de violencia, la violencia de la mirada, "aquella que surge del exterior o sea de la sociedad receptora, aquellas miradas que ante mujeres procedentes de escenarios humanos diferentes tienden o pretenden encasillarnos, reduciéndonos a estereotipos y aplicándonos prejuicios como por ejemplo los referidos a considerar que por ser de un determinado origen, somos, prostitutas, trabajadoras del servicio doméstico y un largo, en ocasiones, etc., intentando borrar saberes y riquezas que algunas trajimos y los que aprendimos aquí: como maestras, escritoras, dinamizadoras de grupos, mediadoras interculturales, etc." Sufrimos, dice, en una entrevista publicada

el 2 de noviembre de 2007, por un medio de comunicación nacional, una triple discriminación, mujeres, inmigrantes y negras.

Cabría preguntarle, y preguntarse, por qué miramos así. Si ésta es una construcción distorsionada, ¿qué elementos la alimentan o sustentan? Parece que todo lo que viene de África lo asociamos a lo musulmán, en términos negativos, a fanatismos, fundamentalismos, terrorismo, agresividad y violencia hacia las mujeres. Lo cual no sólo no es así, sino que en ocasiones quienes llegan a nuestro país o a cualquier otro europeo no siendo musulmán se hace musulmán, unas veces para reafirmar su identidad, ante nuestro desprecio, otras como medio para reunirse con su gente, para entrar en contacto socialmente. Y no digamos de nuestro talibanismo católico, de las manifestaciones de los obispos en contra del divorcio, aborto, medios de planificación familiar, matrimonios entre personas del mismo sexo, y a favor de la división sexual del trabajo, de la complementariedad de la mujer respecto del hombre, de la sumisión, en definitiva, de las mujeres.

No cabe duda que hoy las mujeres europeas hemos abandonado determinados trabajos que son ocupados por las mujeres inmigrantes, los de menor prestigio social y menor retribuidos, pero eso no significa que todas las inmigrantes sean analfabetas o se dediquen a la prostitución, significa que están cubriendo los huecos laborales necesarios en la sociedad que hoy no queremos las europeas, significa que, en muchas ocasiones, aunque económicamente les resulte ventajoso en comparación con lo que podrían conseguir en sus países de origen y les supone capacidad de ahorro, se produce un descenso en la escala social y laboral, pues están suficientemente preparadas para realizar otro tipo de actividades laborales más cualificadas. Amma Darko comenta su propia experiencia y afirma que hubo de trabajar como cuidadora de niñas y niños porque nadie se tomaba en serio que hubiera estudiado una carrera.

También contribuyen sobremanera a alimentar estos estereotipos las políticas sobre inmigración que se llevan a cabo actualmente en Europa. La imagen que dieron los líderes políticos españoles de los dos partidos mayoritarios en el último debate electoral televisado fue tremendo, el uno y el otro se metieron en una ardua discusión sobre quién había expulsado del país a más gente, quién controlaba mejor las fronteras para que no entraran, quién había llevado a cabo más procesos de legalización, quién permite que las mujeres

se pongan velo, que no hagan gimnasia en las escuelas, que sean sometidas a mutilaciones genitales.

Si a ello le añadimos el papel de los medios de comunicación poniéndonos constantemente ante nuestros ojos las pateras que llegan, las expulsiones que se producen, las muertes en el intento, los morbosos documentales sobre mutilaciones genitales, no es de extrañar que tendamos a considerar la inmigración en general, y, de las mujeres, en particular, como potenciales portadoras de conflictividad social.

Otra idea muy generalizada que tenemos de las mujeres inmigrantes es que vienen siempre como inmigración de arrastre, por reagrupamiento familiar, con sus hijas e hijos y los que tengan en la sociedad de acogida, con lo cual estamos prejuzgando sobre el incremento poblacional por tal causa, en detrimento de los servicios públicos, y sobre las causas de la inmigración femenina, que, como pone de manifiesto Fatou Diome, no siempre se trata de gente pobre explotada, en la inmigración también se ve implicada gente que parte para su emancipación, en nombre de la libertad, que parten por otras razones que la sociedad de acogida no percibe.

Lo que es cierto, es que los datos cantan, y no podemos cerrar los ojos y mirar hacia otro lado. Las mujeres trabajan dos tercios del tiempo dedicado al trabajo en África, producen el 70% de su alimento, aunque ganan solo el 10% de sus ingresos, y poseen el 1% de sus propiedades.

La salud de las mujeres africanas es especialmente pobre. Sólo un 37% llega a los 65 años. Una de cada 16 mujeres del África subsahariana muere como consecuencia de embarazo o parto.

En África, dos tercios de la población infantil no escolarizada son niñas, y el analfabetismo en las mujeres es el doble que en los hombres. En la Universidad sólo estudian 15 mujeres por cada 1000 hombres. Como se ha demostrado en Asia, cuando las chicas reciben educación, se casan más tarde, tienen menos hijos, y sus ingresos aumentan. La producción económica crece, la mortalidad infantil desciende a la mitad, el nacimiento de niños muertos cae, el número de nacimientos se ralentiza, la malnutrición infantil se reduce, y la nutrición y salud general mejora, lo que ayuda a su vez a reducir el Sida. Cada año extra

de educación supone un aumento de los ingresos de la mujeres en al menos un 10%.

Una de cada seis niñas en África muere antes de su quinto aniversario.

Las mujeres son la columna vertebral de la economía rural africana. Aportan el 70% de los alimentos y son responsables del cuidado de los animales que mantienen la economía familiar. Todo lo que ganan lo invierten en el hogar y en las niñas y niños, a diferencia de los hombres que gastan una cantidad considerable en ellos mismos.

Cuando se quedan viudas muchas mujeres africanas pierden sus pocas posesiones. Un estudio de Namibia confirma que un 44% de las viudas pierden su ganado, un 28% sus escasas pertenencias, y un 41% los aperos de trabajo rural ante las disputas familiares. En muchos casos pierden el derecho a cultivar las tierras de su marido fallecido.

De los 25 millones de personas afectadas de SIDA en África, cerca del 57% son mujeres. Estas cifras llegan al 80% en edades que se sitúan entre los 15 y 19 años. Las mujeres poseen una mayor vulnerabilidad ante el virus, pero el mayor problema es la pobreza. Se las fuerza a una vida sexual temprana, impidiéndoles el uso de preservativos. Una mujer afectada con el virus HIV tiene 10 veces más probabilidades de ser maltratada por su pareja que una mujer sana. La violencia de género causa más muertes e incapacidad a las mujeres entre los 15 y 44 años en todo el planeta que el cáncer, la malaria, los accidentes de tráfico o la guerra. Al menos 20 países africanos mantienen aún la mutilación genital femenina.

(Fuentes: United Nations Development Programme; World Bank; DfID; Commission for Africa; Save the Children; Oxfam)

No se trata de victimizar, pero los datos están ahí, y no podemos ignorarlos mirando hacia otro lado, como si no nos incumbieran, cuando lo cierto y verdad es que tenemos mucha responsabilidad sobre los mismos. El denominado Primer Mundo, en vez de exportar su modelo, debe dejar de apoyar a los dictadores. Se habla permanentemente de derechos humanos pero cuando Occidente habla con África no vela por ellos sino por sus intereses económicos.

La globalización, con ser positiva en muchos aspectos, trae consecuencias perversas para las mujeres. Son las primeras víctimas de la pobreza, de la guerra, del tráfico de seres humanos, del fundamentalismo.

Y las mujeres también quieren dejar de formar parte de estas estadísticas. Y cuando no pueden en sus propios lugares de origen se mueven. Y se mueven no sólo cuando son llamadas por los hombres. También para ellas existe el sueño de Europa.

Europa, Europa. El sueño de la “tierra prometida”

Las novelas anteriormente referidas nos muestran los mensajes hegemónicos que operan como impulsores de la emigración hacia Europa; el reflejo de los países a los que se dirigen las migraciones como tierras de oportunidades frente a la ausencia de futuro en los lugares de origen, el engrandecimiento de quienes participan en la aventura migratoria, o, incluso, de los que han viajado a Europa, y, cómo no, la constatación de la desilusión. Y su visión del mundo occidental es radicalmente crítica y las narrativas de sus encuentros con Europa están en muchas ocasiones dirigidas a desmitificar “las falsas tierras prometidas”.

El impacto de la globalización llega a la pequeña isla de Niodior, en un lugar del Atlántico senegalés, de la mano de la televisión, de la publicidad de Coca-cola y Miko. La televisión también da informativos, y la gente podía ver cómo vivía la gente blanca. Todo lo francés era idílico en aquella pequeña isla. Todo lo envidiable procedía de Francia. Y, para colmo, resulta que el dueño de la tele, Barbès, es uno de los emblemas de la emigración fructífera. Se marchó a Francia siendo muy joven y la bendición llega a su familia, que lo proclama a los cuatro vientos. No sabían, ni preguntaban, donde trabajaba, eso era lo de menos, lo que importaba era que de vez en cuando remitía giros y la gente, especialmente el tendero, les trataban de otra manera, más amables, más sonriente. Después de varios años en Eldorado, vuelve a su tierra con “poderío económico”, y se convierte en ejemplo a seguir. Al igual que Barbès, el nativo más rico de la isla, Wagane Yaltigué, que se hacía llamar El-Hadji, había emigrado en busca de fortuna y la encontró.

Ni los ejemplos de quienes habían fracasado, como Mussa, el futbolista, ni los

consejos de Ndétare, el maestro, o Salie, que vivía en Francia, estudiando, escribiendo y trabajando como asistente, pese a tener cualificación suficiente para desarrollar trabajos de superior categoría profesional, podían hacer desistir a esos jóvenes aficionados al fútbol de que su sueño del Paraíso se hiciera realidad. Porque ignoraban lo que Salie tenía que soportar para enviar unos pequeños ahorros que en la isla se multiplicaban por cien. Lo ignoraban porque tampoco les importaba saberlo, no preguntaban cómo conseguía esos ahorros.

Quizá el ejemplo más obvio en el que las expectativas de una vida idílica en Europa se transforman en la realidad desgarradora de la semi-exclavitud sea la novela de Amma Darko “Más allá del horizonte”, en la que la protagonista africana se ve abocada a la prostitución en los burdeles alemanes de la mano de su marido. El hecho de viajar a Europa aumentó la estima que sobre Mara tenía su familia en el pueblo. La gente también la saludaba con reverencia. Y pensó que las cosas podían cambiar de una manera espectacular, tal era la magia que tenía Europa en la actitud de la gente. Ella se encontraba entre los afortunados que irían a Europa y disfrutaba cada minuto. Pero no sólo afectaba a la actitud de la gente y su familia hacia ella, también afectaba a la confianza en sí misma.

Pero su sueño se convierte en un infierno. Engañada, coaccionada, chantajeada, drogada, se ve inmersa en la prostitución de la que no puede salir. “En el burdel de Oves me he entregado a mi oficio, convirtiéndome en una prostituta hasta la médula. No hay vuelta atrás. Soy puta hasta tal punto que ya no sé lo que es vivir siendo algo diferente”. ¿Quién es Mara? Ya no es la mujer maltratada, violada, denigrada, despreciada, por su marido. Ya no es la mujer africana enraizada en las tradiciones de su pueblo. Ya no es la mujer africana negra explotada por su marido y otros chulos. Ahora no es africana, ni europea. Sólo sabe que es una mujer negra, atada para el resto de su vida a un chulo, que no tiene nada digno que ofrecer a su madre y sus dos hijos, sólo dinero. Y a este propósito se encomienda.

Conclusión.

Hemos intentado hacer una pequeña reflexión de cómo tratan Mariama Bâ, Amma Darko, Fatou Diome y Buchi Emecheta en sus novelas el tema de las mujeres migrantes subsaharianas. No hemos pretendido hacer un estudio de dichas novelas, pues ello escapa al presente trabajo.

Tampoco hemos abordado todos los temas que se suscitan sobre las mujeres africanas, en general, y, sobre las mujeres migrantes, en particular, en el primer caso porque no es el objeto de este trabajo, como por ejemplo, la educación, en el que, no obstante, las escritoras ponen especial atención, haciendo una denuncia expresa de su restricción para las mujeres en las sociedades tradicionales, y en el segundo caso, porque la limitación cuantitativa del encargo no nos lo permite.

Finalmente, tampoco es un estudio sobre las escritoras, por lo que nos hemos limitado a dar un par de datos autobiográficos, sin entrar en más consideraciones, especialmente sobre su concepción del feminismo, pues ello desbordaría igualmente el ámbito del trabajo. No obstante, diremos que ninguna de estas escritoras podría encuadrarse dentro de la concepción del feminismo occidental, quizá algo más Fatou Diome, que se denomina a sí misma feminista moderada, pero otras hablan de feminismo africano o mujerismo, o, incluso afirman, sin más, que no son feministas.

Sí queremos dejar patente que hoy no tenemos la misma mirada respecto de las mujeres africanas que hace unos meses. Haber hurgado en el mapa del continente africano, sus países, sus sistemas políticos, sus comunidades lingüísticas y étnicas; en informes de organismos internacionales; en la lectura de las novelas de las escritoras tantas veces citadas, y otras, como “El baobab que enloqueció” de Ken Bugul. Haber recibido las magistrales experiencias de la profesora Dolores Juliano. Haber comentado y discutido en grupo textos. Haber examinado la abundante documentación proporcionada y la que además hemos podido recabar, nos ha abierto un universo impresionante del que tomamos buena nota.

Fuentes bibliográficas.

Referencias literarias.

1. Bà, Mariama (2003) Mi carta más larga.
2. Darko, Amma (2003), Más allá del horizonte.
3. Diome, Fatou (2004), En un lugar del Atlántico.
4. Emecheta, Buchi (2004), Las delicias de la maternidad.

Referencias críticas.

1. Aragón Varo, Asunción; Díaz Narbona, Inmaculada (Eds.) (2005) Otras literaturas, otras mujeres. Ediciones Zanzíbar.
2. Benítez Eyzaguirre, Lucía, Mujeres migrantes africanas en busca de identidad: El camino de la literatura.
3. Juliano, Dolores (1998) Las que saben. Subculturas de mujeres, Ed. Horas y horas.
4. Sipi Mayo, Remei (2004) Mujeres migrantes ante la violencia de género. Una problemática que no conoce Fronteras. Ponencia Mesa Redonda. Vitoria, diciembre 2004.

Otras fuentes.

1. Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales. Observaciones. Senegal. Agosto 2001.
2. Observatorio Permanente de la Inmigración. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Informes Estadísticos.

Primavera de 2008